







La Fea Burguesia
— EDICIONES —

TERESA VICENTE

LA CASA DE LAS PALOMAS



La Fea Burguesía
— EDICIONES —

MURCIA, 2020

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.

Así pues, por la impresión de este libro,
ha plantado un olivo (*Olea europaea*) en el paraje
de el Estrecho de la Encarnación en Caravaca (Murcia)



“La casa de las palomas”

© Teresa Vicente Vera, 2020

© La Fea Burguesía Ediciones, 2020

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

www.lafeaburguesia.es

Diseño cubierta: Juan Saturno
Maquetación: Fernando Fernández Villa
& Gloria López Corbalán

Primera edición: septiembre de 2020

ISBN: 978 84 120327 2 7

Depósito legal: MU 38-2020

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra

A Ana y Tomás.

Índice

Presentación	13
La portera	15
La Semana Santa y la Navidad	25
Jugar en la calle	29
El primer rellano	33
La misa del domingo	35
Segundo rellano	39
El tercer rellano, el piso A	47
La fábrica de seda	51
El juego	57
La abuela Teresa	59
El pasillo y la cocina	67
El colegio	71
El comedor, el salón y mi dormitorio	81
La comunión	87
El miedo nocturno	93
El barrio de la abuela Caridad	99
Los vecinos de la abuela Caridad	111
Los orígenes de la familia: Caridad y Juan	115
La Candelaria y San Blas	143

Costumbres familiares peculiares	147
El tercer rellano II	151
Los veranos en Ceutí	157
El cuarto rellano, el piso A	167
La sala de estar	173
La tía Ramona	183
El barrio	189
Los jardines	193
Mi tía Carmen	199
La playa	203
El cuarto rellano, el piso B	213
Nuevos aires	215

LA CASA
DE LAS
PALOMAS

PRESENTACIÓN

Se llamaba la Casa de las Palomas, y se encontraba en la esquina de una manzana de un barrio de clase media baja de los años cincuenta. Todo el edificio estaba alquilado, excepto un piso de la primera planta donde vivían los propietarios. La fachada tenía color terroso y las ventanas de madera y los balcones de hierro del chaflán estaban pintados de verde brillante. Sobre las cuatro plantas se extendía una terraza que parecía siempre inundada de luz, cuyo tamaño fue disminuyendo lentamente conforme los dueños decidieron construir en ella pequeños apartamentos para matrimonios aún más jóvenes y más pobres que los que vivían abajo.

La mayoría de las viviendas estaban ocupadas por parejas con niños pequeños o adolescentes, entre las que había una cierta corriente de complicidad de estar luchando por la vida juntas, bajo el mismo tejado, como si tuviesen algún tipo de parentesco. Por el patio de luces circulaban todos los sentimientos ocasionados por las desgracias o alegrías de cada una de ellas: compartían sus cosas, recibían y daban consejos, pedían ayuda si les faltaba algo y por todas partes, desde la azotea a la acera que había delante del portal, surgían breves tertulias ocasionales a cuenta de lo que fuera.

Mis padres formaban una pareja bastante acorde con el modelo típico de familia de la época: él, Tomás, trabajaba en la Fábrica de la Seda y mi madre, Ana, era ama de casa. Eran católicos, alegres y soñadores, y cuando se casaron alquilaron el tercero A, donde tendrían a sus cuatro hijos. Si tuviera que mencionar algún defecto suyo, diría que mi madre era muy celosa y, para su desgracia, de *todas* las mujeres; y, de mi padre, ese fuerte carácter por el que se dejaba llevar alguna vez. Cuando mis padres discutían y ese temperamento se le desataba, él afirmaba su dominio masculino en la casa con una frase que repetía frecuentemente: “¡Por mis cojones! ¡Esto se hace como yo digo!”. En esos momentos lo mejor era dejar que se manifestase, sin contradecirle, e ir todos alejándonos poco a poco. Pero yo no sé qué pasaba por las noches en su dormitorio, porque la mayoría de las veces él le decía a mi madre al día siguiente: “Bueno, Anita, hacemos lo que tu digas”; y una vez que se le había pasado, que era pronto, ya totalmente arrepentido, volvíamos a estar en un remanso de paz.

Parece ser que en esos casos mi madre utilizaba las técnicas de Lisístrata, y si no las aplicaba literalmente, yo sí que vi que, en los periodos de tiempo que estaba enfadada con mi padre, se mostraba tan fría con él —aunque correcta— que él no podía resistirlo y acababa por claudicar y plegarse a lo que quisiese mi madre, para volver a disfrutar de la cariñosa mujer que complacía todos sus deseos.

LA PORTERA

De niña, siempre pensé que la portera, Isabel, tenía el *poder* del edificio, que era su dueña, su motor; que regía nuestros destinos y que nada de lo que nos ocurría le era ajeno. La puerta de su casa daba al alargado zaguán, que tenía un suelo rojizo con puntitos blancos y las paredes amarillas, y al fondo del cual estaba la escalera por la que se subía a las casas de los inquilinos, iluminada por el lucernario que se abría sobre ella. La puerta de entrada al edificio formaba, con la pared, justo al entrar hacia la izquierda, un recoveco donde —entre otras— aparcaba mi padre su bici como si fuese el caballo del guerrero; así la veía yo. Aún puedo imaginármelo, después de finalizar su jornada de trabajo: su silueta recortada en la puerta de la casa, montado en la bicicleta, el negro pelo peinado hacia atrás, las perneras del pantalón recogidas con las arandelas, apresurándose a desmontar y venir corriendo hacia mí, que le esperaba pacientemente sentada en el primer escalón de la escalera.

Nada más entrar en la vivienda de Isabel, se encontraba un camastro de patas de madera, del que se veía el somier de hierro, porque ella remetía mucho, bajo el colchón de borra, la manta gris que lo cubría. En medio, la mesa camilla y dos sillas con asientos de cuerda trenzada; y, en uno de los lados, una silla

baja para sentarse en la puerta de la calle, cosa que hacía a diario desde la primavera hasta bien entrado el otoño. A continuación se hallaba el frente de la cocina, que en realidad no era más que un poyo de losetas rojas sucias. En su centro se abría el fogón de hierro, que tiznaba y deslucía todo a su alrededor, y encima de él una campana también ennegrecida. Estaban siempre así; ella no se molestaba en limpiarlos, como tampoco lo hacía con muchísimas cosas de la escalera, de las que mi madre se quejaba continuamente.

A la izquierda de la habitación, en la pared del fondo, un vano en el tabique, cubierto por una gruesa cortina marrón, daba paso —bajando unos pocos escalones— al cuarto de los contadores de la luz de los inquilinos, que se había instalado aprovechando el hueco abierto debajo de la escalera del edificio, bajo el lucernario. Bajé una vez allí porque la portera me quiso enseñar —lo había acondicionado un poco— dónde iba a dormir un familiar suyo. Fue la primera vez que tuve conciencia de lo que era la humedad y de cómo afectaba a las cosas: las paredes estaban hojaldradas, levantándose en capas la pintura y el yeso, y el aire dentro era denso y pastoso, con un intenso olor a moho. Yo no recuerdo que tuviese cuarto de baño; imagino que debía de tenerlo —cuando menos un retrete— aunque es posible que lo ocultara para que los críos no estuviéramos continuamente pidiéndole entrar a hacer nuestras necesidades.

A la portera se la conocía en el barrio con el mote de *La Curiana*, por su cuerpo que vestía de negro riguroso. Era pequeña y regordeta, de cara redonda y enrojecida, con un enorme culo y mucho pecho, de los que sobresalían unos brazos y piernas delgados

y pequeñitos. En su rostro tres bolas negras tenían vida propia: sus dos ojos y el lunar en su barbilla. El pelo, todo ralo y de un sospechoso negro, que se le abría en docenas de surcos que dejaban ver su tostado cráneo, lo llevaba recogido en un tirante moño sobre la nuca. El olor que emanaba de su cuerpo no me parecía desagradable: era una mezcla de agrio y leche; nunca más olí igual a otra persona hasta muchos años después, cuando fui a Marruecos.

Ella sabía de todo y de todos; a todos parecía ayudar y de todos recibía ayuda. Pero la vi hacer algo asqueroso, mientras yo estaba, como hacía a menudo, sentada a hurtadillas al fondo del rellano de la entrada, en el primer peldaño de la escalera, mirando hacia la puerta abierta de la calle. Mi madre llamó desde la ventana al pescadero y él, mientras subía con el encargo, le confió a la portera el cuidado de la bici y el pescado. Pero en cuanto el hombre desapareció escaleras arriba, ella empezó a meterse boquerones en la boca como una posesa, y a tragarlos casi sin masticar, crudos, con sus cabezas y tripas. ¡Qué horrorosa visión! ¡Qué asco me dio! Después de eso creí que no iba a poder comer pescado nunca más; pero en realidad la repulsión sólo me duró hasta la comida del mediodía, en que mi madre sirvió el pescado que había comprado, y como no había otra cosa, me lo comí todo.

Hubo otro caso, que yo nunca llegué a presenciar, pero del que estuve al tanto conforme iba viendo actuar a mi madre, y sobre todo porque se quejaba con todo detalle de ello ante mi padre cuando llegaba del trabajo. A mí me encantaba la nata, la nata que aparecía como un *telo* muy espeso sobre la leche cuando hervía, así que mi madre me la guardaba en un cuenco y, cuando a los tres o cuatro días

estaba lleno, me la daba batida con mucha azúcar. Pero ocurrió durante un tiempo que la leche no hacía apenas nata; para llenar el cuenco pasaban muchos días y al final se agriaba, de resultas de lo cual mi madre terminó despidiendo al lechero. Pero el colmo fue que él, entonces, le pidió que le liquidase la cuenta. “Pero si te he dejado el dinero en la portería cada fin de mes”, le dijo mamá. Estaba claro que “la lista de la portera” se estaba quedando con el dinero del lechero. Lo del dinero se arregló de inmediato hablando con Isabel y haciéndoselo devolver. Según ella, lo tenía guardado para dárselo al lechero al acabar el año, con la explicación de que de esa manera él nos sería fiel hasta el final.

En cuanto a lo de la calidad de la leche, se enmendó un poco más adelante, cuando mamá hubo comentado el asunto con las vecinas por el patio de luces. Entre todas aclararon lo que había estado ocurriendo: mientras él subía a las casas vecinas —que no tenían portería— antes que a la nuestra, el lechero dejaba la cántara al cuidado de la portera; y ella, entretanto, echaba agua a la leche, sacando primero la parte equivalente al agua que pensaba añadir. Es decir, que la muy fresca se bebía la buena que reservaba para sí... Verdaderamente esa mujer se las ingeniaba para obtener el máximo provecho de todo. Mi madre se indignó mucho y habló con Isabel seriamente, después de todo lo cual yo volví a disfrutar de nuevo, regularmente, de mi tazón de nata, y el lechero consiguió que se le pagara religiosamente cada mes.

La puerta oscura de su vivienda estaba siempre abierta —señal de que Isabel estaba en el edificio— o muy rara vez cerrada si no quería ser encontrada, o había salido fuera. Por eso extrañó que, durante

unas semanas, la puerta estuviera con frecuencia atrancada a horas inusuales, y más aún oyéndose, como se oía, que había alguien dentro. Fue por eso que, llegados a ese punto, un día algo muy gordo pasó en la portería. Uno de los vecinos vino a hablar con mi padre, y este cuchicheó con mamá; yo no me enteré de qué hablaban, pero sí recuerdo que me prohibieron abandonar la casa. Luego salieron ellos y fueron a buscar a otros vecinos. Se juntaron por lo menos ocho, y se encaminaron todos sigilosamente escaleras abajo hacia la casa de la portera. Les oí llamar a su puerta varias veces, golpeándola muy fuerte; pero nadie les abrió, ni siquiera ante la amenaza de que estaba la policía de camino. Al final la empujaron entre todos y la puerta cedió. Oí entonces gritos muy grandes, algunas palabras de las que yo no podía decir, e incluso otras muchas que no conocía y de las que ni siquiera sabía su significado.

Me asomé corriendo a la ventana de la habitación de mis padres para ver quién había estado encerrado en la portería. Era una criada rubia, pequeña, que servía en el edificio de enfrente, el de la Fábrica de la Pólvora, y que siempre me saludaba muy simpática. Después salió también el padre de una amiga mía del cole, que vivía varios edificios más arriba. Esperé un largo rato para ver asomarse a la portera, pero no lo hizo. “¡Qué extraño!”, pensé. Más tarde todos en la escalera hablaron muy mal de aquel asunto. Por lo que yo entendí entonces, lo que había estado mal era que se habían acostado; que eso sólo se podía hacer con alguien que fuese de tu familia y aquellos dos no lo eran, ni muchísimo menos. Así que cuando por fin llegó la portera hubo más discusiones y gritos, y llantos de ella, y se la echó.

Una semana después, cuando vino a recoger sus cosas, subió a hablar con mamá, a decirle que lo había estado haciendo —ceder su cuarto por dinero a quién se lo pidiese— empujada por la necesidad, para ayudar a una hija en Barcelona que tenía tres chiquillos, porque además el marido la había dejado, y con lo que ganaba limpiando allí, la pobre no tenía ni para empezar. Supongo que a mi madre se le ablandó el corazón escuchándola contar toda aquella retahíla de desgracias, porque habló con las vecinas, y la portera volvió a ser readmitida; y tras aquello, todo el mundo le daba cosas para sus nietos. Esa hija suya en Barcelona tenía alguna relación con la empresa que importaba los chicles *Bazooka*, porque se los regalaba a su madre, la portera, y ella los repartía entre los niños del edificio. Todos los chiquillos estábamos locos por ellos: por su sabor especial, distinto del resto de los que vendían; por su olor, que nos parecía de fresas de verdad; por sus tres discos que podías separar para compartirlos; y por el polvillo dulce que los envolvía y que chupábamos con fruición del envoltorio.

Mis padres utilizaban a la portera para mandarnos los sábados por la tarde al cine, a cambio de pagarle su entrada. El cine se llamaba “El Tomate”. Íbamos los mayores, mi hermano y yo, mientras que mis otros dos hermanos, demasiado pequeños, se quedaban en casa. A mí me encantaba el cine: proyectaban dos películas en sesión continua, y yo me quería quedar a verlas una y otra vez. La portera, claro está, se enfadaba y me sacaba a rastras de allí. Era toda una lucha para ella conseguir que regresáramos a casa, así que renunció a llevarnos. Pero yo insistía en seguir queriendo ir al cine, a pesar de que iríamos solos y, ante mi terquedad, mis

padres —supongo que pensando en la ausencia de peligro y empujados por la necesidad de descansar algún rato de nosotros— accedieron a que fuésemos. Convencieron otra vez a la portera para acompañarnos, aunque ahora no tenía que quedarse con nosotros y sólo debía volver para recogernos. Recuerdo a mi hermano llorando frecuentemente porque quería volver a casa, y a mí intentando convencerle de que donde mejor podíamos estar era en el cine. En cada película yo vivía la historia, junto al protagonista, de tan intensa manera que a veces ni quería ir al aseo para no perder nada, así que me orinaba encima de lo absorta que estaba. En muchas ocasiones nos escondíamos de la portera, y ella se iba sin encontrarlos; y como yo me mantenía firme en seguir mirando en la pantalla lo que se proyectaba el máximo tiempo posible, algunos días tenía que venir mi padre a por nosotros.

Fue en ese cine donde tuve mi primera experiencia sexual. Yo era una niña aún sin desarrollar y mi cuerpo tenía además un aspecto muy pequeño y enjuto. Entonces ni siquiera me di cuenta de lo que ocurría; sólo años después he comprendido lo mezquino de aquel comportamiento. Algunos de esos sábados se sentaba a mi lado un viejo (no sé qué entendería yo entonces por viejo, sin duda alguien entre veinte y cien años); él me invitaba a comer pipas, y me decía que para hacerlo más fácil debía echarlas sobre mi falda, y él las iba cogiendo también de ahí. A mí no se me alcanzaba entonces —ni puedo casi concebirlo ahora— lo que él podía experimentar recogiendo pipa a pipa de mis piernas tapadas con la ropa, pero desde luego yo no sentía nada y seguía absorta en lo que se proyectaba en la enorme pantalla.

Con el buen tiempo los niños, al salir del colegio, bajábamos a jugar a la calle, y ahí estaba la portera, sentada en su silla. Era nuestra vigilante y también nuestra sufridora: “¡Demonio de niños! —nos decía— ¡*Apartaros* que me vais a pisar! ¡Como me deis... *prepararos!* ¡Anda, *iros* a casa a dar el follón a vuestros padres!”

Todas esas amenazas tuyas a veces se cumplían: si por error nos acercábamos mucho, nos daba un puntapié, y sus gritos se sobreponían a nuestras canciones, juegos, voces, dichos y risas. Cuando sufríamos algún descalabro y nos poníamos a llorar desconsoladamente, ella lo remediaba metiéndonos en su portería y dándonos un vaso de agua, limpiándonos la sangre o regalándonos uno de sus famosos chicles.

Lo último que recuerdo de Isabel, la portera, es lo de la Semana Santa. A mí me gustaba mucho la Semana Santa, porque estábamos en vacaciones y por las muchas cosas que pasaban. Nos reuníamos más la familia, veíamos las procesiones y empezábamos a salir más de casa con el buen tiempo: a la calle y de visita, o a nuestro propio balcón. Pero en especial porque había dos días en que nos juntábamos toda la familia y veía a mis padres muy felices. Uno de ellos, el Viernes Santo, que celebrábamos siempre en nuestra casa: veíamos pasar la procesión de los *salzillos*, desde el balcón y desde todas las ventanas, y después comíamos juntos.

Mi padre reía a carcajadas con mis tíos: los dos *Pacos*, casados con mis tías Carmen y Mercedes, y los dos hermanos pequeños de mi madre, Juan y Tomás. También venía de vez en cuando mi tío Pepe, con su mujer Pepita y sus hijos, ciertamente eran pocas veces, pero cuando lo hacían recuerdo claramente que

a mi padre le agradaba mucho su compañía. Mientras mi madre parlotaba constantemente con sus hermanas y cuñada y con la abuela, nosotros, los niños, íbamos de acá para allá mirando el gentío de la calle: a los que transitaban antes de la procesión y a los que iban lentamente ocupando todas las sillas; observando el desfile de los morados nazarenos; envidiando a los que estaban sentados en las aceras, que recibían sus caramelos; asombrándonos con los *pasos* que levantaban fervor; oyendo las *burlas* de los tambores y trompas, la marcha alegre de las bandas de música y el desfile militar; y, finalmente, cuando ya había terminado la procesión, queriendo pillar las migajas de las conversaciones de los adultos, para imitarlos y entenderlos.

El caso es que, en una ocasión, la portera subió a casa y le preguntó a mi madre si sería tan amable de permitir a su nieta ver la procesión con nosotros. Mamá le dijo que sí, que por supuesto, que una niña más no iba a molestar, y la portera sonrió y se bajó satisfecha. Cuando subió la nieta me sorprendí bastante, porque la esperaba más o menos como yo; no me imaginaba que fuera tan mayor, y parece ser que mi madre tampoco, porque puso una cara muy rara. La niña, más bien la chica, pasó al salón y se puso a ver la procesión desde allí; y a partir de ese momento los hombres empezaron a revolotear alrededor de ella, preguntándole mil cosas sobre su familia, sobre Barcelona... Y mientras tanto las mujeres no podían dejar de criticarla en la cocina: que si su falda era muy corta y estrecha, que si iba muy pintada, que si su moño parecía la torre de la catedral y estaba a punto de desmoronarse. El caso es que al final mi madre se acercó a la chica y le dijo que ese año éramos muchos y que sería mejor que viese la

procesión en la casa de los vecinos de abajo, que eran menos y así, desde más cerca, no perdería detalle. He de reconocer que mi madre siempre tuvo mucha mano izquierda para echar a alguien de casa muy educadamente.

A la vuelta de una de las estancia navideñas en casa de la abuela, teniendo yo aproximadamente diez años, no vi a la portera. La eché de menos: ya no la volvería oír rabiarse, abajo en la portería. Los vecinos la habían sustituido por un práctico botón que pusieron en cada piso y que abría, automáticamente, la puerta de la calle.